

I

Decidí que quería aspirar a la Dirección del Instituto de Investigaciones Jurídicas en septiembre de 2010 después de haber participado en el proceso en el que Héctor Fix-Fierro —amigo entrañable y en ese momento mi jefe— fue reelecto para un segundo periodo en esa responsabilidad. Aunque sabía que era poco probable que la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México me eligiera en aquella ocasión, acompañé a Héctor con seriedad y compromiso institucional.

Esa forma de proceder respondió en buena medida a un consejo que, con la sabiduría, bonhomía y experiencia que lo caracterizan, me brindó Sergio García Ramírez. Cuando mi nombre figuró en la terna confeccionada por el rector José Narro Robles, Don Sergio, me invitó a su oficina para charlar sobre el proceso y, en respuesta a un comentario de mi parte en el sentido de que sabía que estaba acompañando a Héctor en su reelección, me hizo notar que: “a la Junta de Gobierno no le agradan las ternas a modo y si su nombre está en ella es porque quiere y puede dirigir a esta comunidad” (lo cito, obviamente, de memoria).

La advertencia era importante en sí misma pero además cobraba fuerza por venir de García Ramírez, toda una figura universitaria que había formado parte y presidido a ese órgano colegiado. Desde ese momento fui aprendiendo las formas y formalidades de los procesos de designación universitarios y valorando la postura de la propia Junta de Gobierno como instancia de estabilidad y escrutinio institucionales. Comprendí que había aceptado participar en una de las dinámicas y prácticas más relevantes para la universidad y entendí que la seriedad de propósitos y de actitudes era un elemento clave para que dicho ritual institucional cumpliera a plenitud sus objetivos.

Con el pasar del tiempo tendría oportunidad de confirmar el tino de aquellas primeras impresiones.

* * *

Fue el propio Héctor Fix-Fierro quién me preguntó si aceptaría que mi nombre se pusiera a consideración del rector como posible candidato. Él no estaba del todo entusiasmado con la idea de reelegirse, pero tenía la convicción de que lo mejor para el Instituto era que lo hiciera y quienes lo conocimos sabemos cuál era la estatura de su sentido de responsabilidad.

Ambos —yo era su secretario académico en esos días— coincidíamos en que la comunidad auspiciaba su reelección. Además, yo sabía —y supongo que él también— que no era mi momento: todavía no estaba listo y el Instituto tampoco. Mi designación habría desconcertado a propios y extraños. Ello sin contar que había muchas otras personas colegas que podrían aspirar con legitimidad y capacidad al cargo. Sobre esas convicciones accedí a que mi nombre figurara y fui entrevistado, primero, por la coordinadora de Humanidades, Estela Morales Campos.

La entrevista con la doctora Morales fue cordial e interesante. Ella es una mujer de ideas claras, convicciones firmes y carácter admirable. Llevaba algunos días auscultando a las personas del Instituto y sabía cuál era el sentir de sus integrantes. La coordinadora me trató con seriedad y respeto. Hablamos de la situación del Instituto, de mi Plan de Trabajo y del papel que había tenido el personal académico de jurídicas en diversos momentos de la vida universitaria.

Debo confesar que aproveché esa y muchas otras pláticas para entender y aprender aspectos que desconocía de la Universidad y que, cuatro años más tarde, me resultarían muy valiosos para convertirme en director.

* * *

En un momento de nuestra charla, Estela Morales, me invitó a mirar la línea histórica de los directores que había teni-

do el Instituto y cuyas fotografías — como ahora está también la mía — se exhiben en la sala de juntas de la coordinación. Repasé todas las fotografías que ya conocía porque también están en la sala de juntas de la dirección del Instituto en la que sesionaba el Consejo Interno del que yo era secretario.

“Como puedes observar” — me dijo, aludiendo a las series fotográficas de los demás programas, centros e institutos— “jurídicas es la única entidad que nunca ha sido dirigida por una mujer”, remató.

El dato era objetivamente cierto, pero no mermó el ánimo que comenzaba a despertar en mí de contender para la dirección cuando llegara el momento. Tiempo después una querida amistad me hizo notar que ese era el típico patrón de comportamiento masculino que no cedía espacios ni oportunidades a las mujeres. Temo que tenía razón.

* * *

A los pocos días me llamó el doctor Narro con quien tenía — y conservo— una relación afectuosa y respetuosa. Lo había conocido ya siendo rector en una comida que, por iniciativa de Jorge Carpizo, ofreció en el piso doce de la Torre de Rectoría a un grupo de colegas del Instituto entre los que me encontraba.

En aquella reunión, durante la charla grupal de sobre mesa, dije algo —la verdad no recuerdo sobre cuál tema— que, según me comentó Carpizo, sorprendió positivamente a Narro y desde entonces me invitó a participar en algunos encuentros e iniciativas.

Sin duda los encuentros más interesantes con el rector Narro vendrían tiempo después cuando nos invitó a Lorenzo Córdova y a Ciro Murayama a conducir un programa en TV UNAM en 2011 y cuando en 2012 me designó como coordinador de la Cátedra Extraordinaria “Benito Juárez” de la Universidad para estudiar y promover el tema de la laicidad.

Pero antes de aquel septiembre de 2010 habíamos intercambiado pocas palabras. Así que llegué a la entrevista curioso y sin mayores expectativas. Narro me invitó a recorrer su oficina

—creo que fue la primera vez que entré al despacho rectoral— y me pidió sentarnos en los sillones de la sala principal.

Recuerdo la grata impresión que me causó su trato y lo evidente que me pareció su inteligencia. Estaba de buenas y se notaba que disfrutaba de su encargo y, al menos en apariencia, no le pesaba su responsabilidad.

* * *

De la conversación con Narro recuerdo muchos temas, pero me limito a compartir un par de ellos porque no suponen infidencia alguna. El primero fue su interés por saber si prevalecía en mí la vocación docente o la de investigación. No recuerdo exactamente que respondí, pero fue una interrogante que me dejó pensando mucho tiempo después. En aquellos años tenía tiempo disponible para formar jóvenes estudiantes y había descubierto que esa era una de mis labores más gratificante. Hoy algunas de esas personas son mis colegas y muchas mis amistades.

El segundo tema que comparto fue un cuestionamiento que se podía esperar y que, aunque no estaba atado al anterior, indagaba sobre mi trayectoria y mis decisiones académicas: “¿por qué estudiaste en el ITAM?”, me inquirió. Creo haber contestado algo como lo siguiente: “porque mis hermanos estudiaron ahí y porque tenía dieciocho años cuando tomé la decisión”. El rector sonrió divertido.

José Narro me despidió amable y respetuoso. Salí contento y con una valiosa e interesante experiencia más en mi vida personal y universitaria. No sabía si estaría en la terna, pero tenía la certeza de que había hecho lo que tenía que hacer y que mi participación hasta esa etapa del proceso era positiva.

* * *

La terna que sería aprobada por el H. Consejo de Humanidades quedó integrada por Héctor Fix-Fierro, Cecilia Mora Donatto y Pedro Salazar Ugarte. Su lectura una vez publicada en la Gaceta UNAM, junto con nuestras semblanzas curricula-

res, me conmovió sentidamente. Me sentí parte de la UNAM de una manera distinta a los siete años anteriores —había ingresado como investigador al Instituto en el año 2003— y supe que podía llegar a ser director del Instituto en el que laboraba con orgullo y esmero.

Desde la Secretaría Académica había aprendido mucho pero el solo hecho de estar en esa terna me llevó a tomar consciencia de que aspirar a la dirección requería un conocimiento mucho más profundo del que yo tenía entonces sobre la universidad. Recuerdo un sentimiento ambiguo: por un lado, satisfacción y por el otro retraimiento. Había llegado lejos, pero sabía que estaba lejos de llegar. Era candidato a director, pero aún no estaba listo para serlo. Años después tendría la misma sensación cuando aspiré —hasta el momento por primera y única vez— a la rectoría.

Pero en 2010, cuando el rector Narro me incluyó en aquella terna, sentí una pertenencia distinta y plena a la universidad. Era un dato objetivo que no era egresado de la UNAM, pero sí era parte de la misma. Lo era como profesor, como investigador y ahora como posible director. Desde entonces cuando me preguntan sobre la institución en la que cursé la licenciatura respondo —un poco en broma y un poco en serio— que, aunque estudié en el ITAM, el mío era un caso de expropiación voluntaria exitosa.

* * *

La noche anterior al día de la entrevista ante la Junta de Gobierno —como una prueba más de su sobriedad, institucionalidad y compromiso—, Héctor, había retirado todos sus objetos personales de la oficina de la dirección. Estaba tranquilo, vestido de manera casual y con actitud campechana.

Al día siguiente, por la mañana, tuvimos un acuerdo en mi oficina y, con el peculiar sentido del humor que tenía —una amalgama de ironía filosa y veracidad implacable—, Héctor, me dijo: “felicidades porque hoy eres el director del Instituto de Investigaciones Jurídicas”. Técnicamente era cierto porque su mandato había concluido a las 24:00 horas del día anterior y el

Reglamento Interno contempla que, a falta del director, la conducción recae en la persona que ocupa la secretaría académica.

Bromeamos imaginando cuáles decisiones podría tomar durante esas horas de director efímero y sobre lo que podría suceder si la Junta tomaba una decisión insospechada. “Ayer soñé que te designaban director”, me dijo. Nos reímos de buena gana y nos deseamos suerte para la reunión de la tarde.

* * *

No recuerdo a qué hora nos recibió la Junta de Gobierno, pero ya era la tarde avanzada. Tampoco conocía sus oficinas. En la entrada —en el piso cuatro de la Torre de Rectoría— había un módulo secretarial con una mesa de registro. Era un vestíbulo en el que ya estaba sentada —seria y concentrada en sus notas—, Cecilia Mora Donatto. En ese momento, Héctor estaba siendo entrevistado.

Cecilia y yo nos saludamos con afecto, bromeamos sobre alguna bobería y esperamos a que Héctor saliera. Cuando lo hizo, nos sonrió con la cabeza ladeada y los ojos entonados, resopló y nos dijo “ya fue”. Ambos deseamos suerte a Cecilia que entraría en ese momento para ser entrevistada y Héctor se retiró sin más.

Enfoco el momento porque retrata a Héctor. Su liderazgo estaba asentado en la congruencia, la honradez y la estatura moral. Era un director amable pero firme; valoraba al Instituto sinceramente y lo dirigió con humildad y permanente preocupación. De pocas palabras, pero precisas, Héctor Fix-Fierro, no concedía lo que objetaba, pero sabía objetar con elegancia y respeto. Así que seguramente le había ido muy bien ante las quince personas de la Junta que lo reelegirían sin chistar.

* * *

Entré a la Sala de la Junta de Gobierno de la UNAM para ser entrevistado como candidato a director del IIJ-UNAM y me impresionó sentarme en la cabecera de aquella mesa enorme ante quince personalidades de las que solamente conocía a dos:

Rolando Cordera Campos y Alonso Gómez Robledo. El primero de ellos un destacado economista universitario con quien comparto lecturas y afectos de intachable objetividad, imparcialidad y rigor. El segundo, integrante del Instituto de formas impecables. Para las otras trece personas yo era un completo desconocido (y ellas lo eran para mí).

No recuerdo quién presidía la sesión, pero sí que me trataron bien y se interesaron con seriedad en mi Plan de Trabajo y en mi visión de la agenda académica presente y futura. La entrevista duró apenas poco más de una hora y salí contento y satisfecho. Pensé que había hecho lo que tenía que hacer y que el saldo era positivo para mí y para el Instituto. Al regresar a casa recibí una llamada cálida y afectuosa de parte de la doctora Morales en la que me felicitó y me comunicó que Héctor Felipe Fix-Fierro sería director durante cuatro años más.

Agradecí sinceramente la llamada, llamé a Héctor para felicitarlo y decidí que cuatro años más tarde buscaría estar en otra terna para convertirme en director.